

RETIRO COMUNITARIO

Octubre Misionero Claretiano 2012: MISIONEROS DE LA FE



El retiro está dividido en cuatro partes:

- 1. Oración comunitaria:** Todo sería del esquema de la Liturgia de las Horas correspondiente al día que se celebra el retiro, excepto los textos propuestos. De dicho material podría disponer solo quien dirige el retiro.
- 2. Meditación personal:** Consta de un texto evangélico y una meditación titulada "Los riesgos de la fe".
- 3. Eucaristía:** Se aporta oraciones, lecturas y plegaria eucarística.
- 4. Reunión comunitaria:** Se proponen unas preguntas para poder compartir.

(Del material de las tres últimas partes podrían disponer todos los miembros de la comunidad).

1ª PARTE: ORACIÓN COMUNITARIA

Ambientación

En el contexto del Octubre Misionero celebramos este día de retiro. Un tiempo de silencio y oración para escuchar la voz de Dios; voz que tiene su eco en el corazón, como lo tuvo en María, por eso la tenemos por madre y maestra.

Además este año la Jornada Misionera Mundial (domingo, 21 de octubre), como dice Benedicto XVI en su mensaje, adquiere un significado especial pues coincide con la celebración del 50 aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II, la apertura del Año de la Fe y el Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización. Nosotros como claretianos no podemos quedar al margen de estos eventos para iluminar nuestra vida misionera.

Comenzamos el día de retiro con nuestra oración comunitaria.

[Tomamos el himno (a no ser que se entone algún canto de sentido misionero) los salmos y el cántico de la Hora correspondiente.]

Lectura breve (1Co 9,16-18)

Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio! Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Mas si lo hago forzado, es una misión que se me ha confiado. Ahora bien, ¿cuál es mi recompensa? Predicar el Evangelio entregándolo gratuitamente, renunciando al derecho que me confiere el Evangelio.

Textos escogidos del Mensaje de S. S. Benedicto XVI para la Jornada del Domund 2012.

Hoy... ha aumentado enormemente el número de aquellos que aún no conocen a Cristo: "Los hombres que esperan a Cristo son todavía un número inmenso", comentó el beato Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris missio* sobre la validez del mandato misionero, y agregaba: "No podemos permanecer tranquilos, pensando en los millones de hermanos y hermanas, redimidos también por la Sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios" (n. 86). En la proclamación del Año de la Fe, también yo he dicho que Cristo "hoy como ayer, nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra" (Carta apostólica *Porta fidei*, 7); una proclamación que, como afirmó también el Siervo de Dios Pablo VI en su Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, "no constituye para la Iglesia algo de orden facultativo: está de por medio el deber que le incumbe, por mandato del Señor, con vista a que los hombres crean y se salven. Sí, este mensaje es necesario. Es único. De ningún modo podría ser reemplazado" (n. 5). Necesitamos por tanto retomar el mismo fervor apostólico de las primeras comunidades cristianas que, pequeñas e indefensas, fueron capaces de difundir el Evangelio en todo el mundo entonces conocido mediante su anuncio y testimonio.

Todos los componentes del gran mosaico de la Iglesia deben sentirse fuertemente interpelados por el mandamiento del Señor de predicar el Evangelio, de modo que Cristo sea anunciado por todas partes. Nosotros los Pastores, los religiosos, las religiosas y todos los fieles en Cristo, debemos seguir las huellas del apóstol Pablo,

quien, “prisionero de Cristo para los gentiles” (Ef 3,1), ha trabajado, sufrido y luchado para llevar el Evangelio entre los paganos (Col 1,24-29), sin ahorrar energías, tiempo y medios para dar a conocer el Mensaje de Cristo.

El afán de predicar a Cristo nos lleva a leer la historia para escudriñar los problemas, las aspiraciones y las esperanzas de la humanidad, que Cristo debe curar, purificar y llenar de su presencia. En efecto, su mensaje es siempre actual, se introduce en el corazón de la historia y es capaz de dar una respuesta a las inquietudes más profundas de cada ser humano. Por eso la Iglesia debe ser consciente, en todas sus partes, de que “el inmenso horizonte de la misión de la Iglesia, la complejidad de la situación actual, requieren hoy nuevas formas para poder comunicar eficazmente la Palabra de Dios” (Benedicto XVI, Exhort. apostólica postsinodal *Verbum Domini*, 97). Esto exige, ante todo, una renovada adhesión de fe personal y comunitaria en el Evangelio de Jesucristo, “en un momento de cambio profundo como el que la humanidad está viviendo” (Carta apostólica *Porta fidei*, 8).

En efecto, uno de los obstáculos para el impulso de la evangelización es la crisis de fe, no sólo en el mundo occidental, sino en la mayoría de la humanidad que, no obstante, tiene hambre y sed de Dios y debe ser invitada y conducida al pan de vida y al agua viva, como la samaritana que llega al pozo de Jacob y conversa con Cristo. Como relata el evangelista Juan, la historia de esta mujer es particularmente significativa (cf. Jn 4,1-30): encuentra a Jesús que le pide de beber, luego le habla de una agua nueva, capaz de saciar la sed para siempre. La mujer al principio no entiende, se queda en el nivel material, pero el Señor la guía lentamente a emprender un camino de fe que la lleva a reconocerlo como el Mesías. A este respecto, dice san Agustín: “después de haber acogido en el corazón a Cristo Señor, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer [esta mujer] si no dejar el cántaro y correr a anunciar la buena noticia?” (*In Ioannis Ev.*, 15,30). El encuentro con Cristo como Persona viva, que colma la sed del corazón, no puede dejar de llevar al deseo de compartir con otros el gozo de esta presencia y de hacerla conocer, para que todos la puedan experimentar. Es necesario renovar el entusiasmo de comunicar la fe para promover una nueva evangelización de las comunidades y de los países de antigua tradición cristiana, que están perdiendo la referencia de Dios, de forma que se pueda redescubrir la alegría de creer. La preocupación de evangelizar nunca debe quedar al margen de la actividad eclesial y de la vida personal del cristiano, sino que ha de caracterizarla de manera destacada, consciente de ser destinatario y, al mismo tiempo, misionero del Evangelio. El punto central del anuncio sigue siendo el mismo: el *Kerigma* de Cristo muerto y resucitado para la salvación del mundo, el *Kerigma* del amor de Dios, absoluto y total para cada hombre y para cada mujer, que culmina en el envío del Hijo eterno y unigénito, el Señor Jesús, quien no rehusó compartir la pobreza de nuestra naturaleza humana, amándola y rescatándola del pecado y de la muerte mediante el ofrecimiento de sí mismo en la cruz.

En este designio de amor realizado en Cristo, la fe en Dios es ante todo un don y un misterio que hemos de acoger en el corazón y en la vida, y del cuál debemos estar siempre agradecidos al Señor. Pero la fe es un don que se nos dado para ser compartido; es un talento recibido para que dé fruto; es una luz que no debe quedar

escondida, sino iluminar toda la casa. Es el don más importante que se nos ha dado en nuestra existencia y que no podemos guardarnos para nosotros mismos.

Preces

(Las de la hora correspondiente o las del Directorio Espiritual, nº 81, "El ministerio de la Palabra", pág. 61)

Oración del Domund

Oración a la Virgen María

(Directorio Espiritual, nº 26, "Madre y Maestra de Misioneros", pág. 30)

2ª PARTE: MEDITACIÓN PERSONAL

Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se postró como para pedirle algo. El le dijo: «¿Qué quieres?» Le dice ella: «Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino.» Replicó Jesús: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?» Le dicen: «Sí, podemos.» Él les respondió: «Mi copa, sí la beberéis; pero sentarse a mi derecha o mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre. Al oír esto los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús los llamó y dijo: «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.»

(Mt 20,20-28)

En este año de la fe propuesto por Benedicto XVI se nos invita a ser misioneros de esta virtud teologal, es decir, enviados para hacer posible que otros se adhieran a Cristo. Pero invitar a otros a adherirse a la Verdad supone una serie de riesgos que hay que asumir. Sobre este punto vamos a ofrecer la siguiente reflexión.

En el texto de Mateo, como base de esta meditación, vemos cómo Santiago y Juan, sin ser conscientes aún, le piden a Jesús el don de la vida eterna y en respuesta no les dice que van a poseerlo sino que les recuerda lo que deben arriesgar para lograrlo: beber su cáliz, el mismo que le hizo sudar sangre en Getsemaní (cf. Lc 22,44). Ignorando, por ahora, la trascendencia de su respuesta, profetizan la suerte que ha de correr el misionero en el anuncio y vivencia de su fe.

Efectivamente, nuestro deber como misioneros consiste en asumir "riesgos" por la vida eterna, que es lo mismo que por el anuncio de la fe, como si no tuviésemos una certeza absoluta acerca del éxito. Con este desequilibrante desafío comienzan nuestras Constituciones, invitándonos a nuestra propia santificación y a la salvación de los hombres de todo el mundo (CC 2).

El Señor ha empeñado su Palabra por nosotros, y nosotros, sus misioneros, veremos recompensados con creces en el último día los riesgos que asumamos por Dios, ya que Él devuelve sin falta mucho más de lo que le damos. Dios no se queda con nada de nadie; recompensa con generosidad todo lo que se hace por Él.

Ninguno de nosotros sabe con certeza si perseverará hasta el final y, sin embargo, todos tenemos que arriesgarnos si queremos tener alguna oportunidad de éxito. Todos tenemos que aceptar riesgos por la salvación que creemos y anunciamos, a pesar de no tener certeza sobre el resultado. Y un riesgo para que no sea ficticio ha de implicar temor o peligro, expectación o incertidumbre. En esto consiste la excelencia y nobleza de la fe. La razón primera por la que la fe destaca sobre los demás dones, y es nuestra “justificación”, es porque supone en nosotros el valor de asumir un riesgo.

Su esencia es hacer presente lo invisible; “es evidencia de lo que no se ve” (Hb 11,1). Supone arriesgar por lo que no se ve y poner en juego por ese futuro la comodidad presente y el bienestar al que podemos aspirar. Ya lo dice san Pablo: “Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, ¡somos los más miserables de todos los hombres!” (1Co 15,19). Si los muertos no resucitan, hemos cometido un solemne error de cálculo en la elección del modo de vivir y estamos completamente equivocados.

Nuestro Fundador renunció a su seguridad presente, en la incómoda y arriesgada itinerancia, en aras de la futura. De Abraham se dice que se puso en camino sin saber adónde iba. Los hijos de Zebedeo, con una sencillez ingenua pero generosa, proclaman lo mismo. Aunque no se daban cuenta del significado de su afirmación, sus palabras expresaban lo que escondía su corazón, y fueron proféticas de su conducta futura. Se comprometen inconscientemente y Alguien más fuerte que ellos les toma la palabra y, por así decirlo, los hace cautivos con astucia. No les promete el cielo, pero sí el riesgo: “Mi cáliz, lo beberéis”.

Estos son los riesgos que asumieron los Apóstoles y a nosotros, misioneros apostólicos al estilo de Claret, nos recuerda el Señor la necesidad de hacer lo mismo. “Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,33), con estas palabras nos advierte del sacrificio completo que debemos hacer. Le tenemos que dar todo lo que somos y que Él disponga. El caso del joven rico, que se marchó triste cuando Jesús le invitó a dejarlo todo y seguirle, es el ejemplo contrario de un hombre que no tuvo fe suficiente en su Palabra para arriesgar este mundo por el otro.

La fe nos lleva a poner en juego lo que tenemos por lo que no tenemos, fiados en la Palabra de Cristo; y hemos de hacerlo noble y generosamente, sin precipitación ni ligereza, apoyados completamente en el Señor, esperando en Él, confiando en que cumplirá su promesa. Y es que, la fe es hacerse fuerte en Dios.

Ahora, ¿qué consecuencias prácticas se siguen de todo esto? Porque a todo misionero de la fe, y creo que todos tenemos experiencia de esto, se nos permite afirmar verdades generales, pero cuando los destinatarios de nuestra misión se sienten implicados en lo que decimos y en el compromiso de vida que supone ponerlo en práctica es cuando encontramos excusas, resistencias, distanciamiento... La fe hace

tambalea siempre una vida acomodada. Y es que no hay deber, por urgente que sea, contra el que no puedan hallarse diez mil buenas excusas. Y es que en cuanto que la fe exige riesgo, exige también “valor”, como nos lo recuerda frecuentemente en sus escritos Benedicto XVI.

Pero, no solamente los destinatarios de nuestra misión, sino fundamentalmente nosotros como consagrados, nos tenemos que preguntar personalmente qué hemos comprometido por la verdad de Cristo. Hay ejemplos en el mundo por bienes pasajeros, como el del empresario que arriesga propiedades en proyectos que prometen una ganancia. Pues bien, y nosotros, ¿qué hemos arriesgado por Cristo? ¿qué le hemos dado por el hecho de creer en sus promesas? Es verdad que un día por nuestra Profesión Religiosa renunciamos a edificar una familia por el vínculo de la sangre, a bienes y a nuestra propia voluntad, pero ¿qué hay de la radicalidad de la que dicha Profesión encerraba?

¿Nos atrevemos a pensar lo que pasaría si nos examináramos con toda sinceridad? Si una vida anodina y sin “sal”, después de esta profunda introspección, nos sigue dejando igual es que el cristianismo en el que pensamos es una pura fábula. Si la fe no nos complica la vida, ¡mala señal! Podemos comportarnos ordenada y pacíficamente porque hacerlo así redundaría en nuestro propio interés y gusto, pero no arriesgamos nada... imagen, prestigio, etc.

De Bernabé, por ejemplo, se dice que poseía una propiedad en Chipre y la entregó para los pobres de Cristo (cf. Hch 4,36-37). Fue un sacrificio coherente. Hizo algo que no hubiera hecho a menos que el Evangelio fuera verdadero. Si el Evangelio hubiera resultado ser una fábula, su conducta habría sido un disparate, él habría cometido un gran error y sufrido una pérdida.

Damos crédito a muchas cosas -lo que nos dice cualquier comentarista de TV, la crítica...- y, sin embargo, son muchos los cristianos que no arriesgan nada por las Palabras del Salvador, cuando en realidad es lo único importante que debemos hacer. El mismo Cristo nos dice: “haceos amigos con las riquezas injustas, para que cuando lleguen a faltar os reciban en las eternas moradas” (Lc 16,9); es decir, adquirid un interés en el mundo futuro con la riqueza que el mundo de ahora usa inadecuadamente, alimentad al hambriento, vestid al desnudo, aliviad al enfermo, consolar al triste y esa riqueza se convertirá en “bolsas que no se gastan, un tesoro inagotable en los cielos” (Lc 12,33). De aquí que nuestra opción preferencial por los pobres, desde el carisma claretiano y no otro, sea un riesgo coherente y una demostración de fe.

Pero también asumimos un riesgo en el sacrificio de nuestras riquezas personales y prestigio, con el fin de estar más cerca de Cristo viviendo una vida más oculta en la oración, renunciando a la comodidad inmediata acogiendo las apreturas y trabajos domésticos y apostólicos con un corazón sereno.

Quien viva desde esta perspectiva verá que el Señor le toma sus palabras al pie de la letra, aunque tal vez no entienda del todo lo que dice, como Santiago y Juan, pero es aceptado por Dios porque habla en serio y arriesga mucho. Cuando decimos: “¡Podemos!”, como los dos hermanos, el compromiso queda anotado en el cielo. Esto es lo que pasó el día de nuestra Profesión Religiosa. Las circunstancias influyen de muchas

maneras en el camino que hemos tomado para el servicio de la fe. No sabemos a dónde nos lleva; no vemos el final del camino; sólo sabemos que es bueno hacer lo que en ese momento hicimos, y oímos un susurro en nuestro interior que nos asegura, como a ellos, que sea cual sea la entrega que nos exijan sus Palabras, en el futuro, con la gracia de Dios, estaremos a la altura de las circunstancias. Ellos recibieron la fuerza para hacer y sufrir tal como habían afirmado; no olvidemos que Santiago fue el primer mártir entre los Apóstoles. La muerte le dio la visión de lo que había adorado y amado. ¡No podemos imaginar la felicidad del que ve devuelto todo lo que dio en prenda y recibir el ciento por uno por los riesgos que asumió!

Para la reflexión personal:

1. ¿Qué riesgo e inseguridades asumo por la Palabra de Dios?
2. ¿Me avergüenzo de manifestar las exigencias que exige la fe que profeso?
3. Un riesgo que hay que asumir por el anuncio del Evangelio es la austeridad de vida, tanto a nivel personal como comunitario. ¿Cómo está el "termómetro" de mi pobreza personal y comunitaria? ¿Qué renunciaciones están aún por hacer en mi vida?

3ª PARTE: EUCARISTÍA

Oraciones

"Por los cristianos perseguidos" (pag. 931 del Misal Romano).

Lecturas

- 1ª lectura: 2 Co 4,7-15
- Salmo: 22 (Antífona: "El Señor es mi pastor, nada me falta")
- Evangelio: Jn 15,18-21

Plegaria Eucarística y Prefacio

- Plegaria: III
- Prefacio: "La acción del Espíritu en la Iglesia" (pag. 468 del Misal Romano)

4ª PARTE: REUNIÓN COMUNITARIA

1. ¿Testimoniamos la fe con nuestro estilo de vida? ¿Cómo pensamos que nos ve la gente con la que trabajamos en nuestras diferentes posiciones apostólicas?
2. ¿Qué pasos podemos dar personal y comunitariamente para testimoniar el Evangelio? ¿Qué renunciaciones tenemos que hacer para que el anuncio sea significativo?

